

LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—Pago adelantado.

SANTANDER

Juésves 8 de Julio de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NOM. 1.034

Se escribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Auspicio y santa Isabel, viuda.

CASILDA.

I.

Era rey de Toledo el moro Almenon con quien el rey de Castilla don Fernando el Gran-de mantenía cordial amistad.

Este rey moro tenía una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro, que los nazarenos amaban á su Dios, y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

También contó la esclava á la hija del rey mo-ro, que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los con-cibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, y Casilda fué cre-ciendo en cuerpo, y en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardín que rodeaba el pa-lacio del rey moro, había unas lóbregas mazmor-ras donde gemían, hambrientos y cargados de ca-denas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un día fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora se echó á llorar sin consuelo, y tornó al palacio lleno su corazón de tristeza.

II.

A la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrojándose á sus pies le dijo:

—Padre! ¡señor padre! en las mazmorras de allende los jardines gime muchedumbre de cautivos. Qúitate sus cadenas, ábreles las puertas de su prision y déjales tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas amadas.

El moro bendijo á su hija en el fondo de su co-razón, porque era bueno y amaba á Casilda como á las niñas de sus ojos.

El pobre moro no tenía más hija que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija y porque era además la viva imágen de la dulce esposa, cuya pérdida lloraba hacía un año! Pero el moro, antes que padre, era musulman

y rey, y se creía obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crimen que el profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma y dijo á Casilda con airado semblante y voz ame-nazadora:

—¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece quien aboga por los naza-renos!

E iba á llamar á sus verdugos para entregar-les su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus pies deman-dándole perdón en memoria de su madre, de la reina cuya muerte lloraba Almenon hacía un año!

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lá-grimas y estrechó á su hija contra su corazón y la perdonó diciendo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos, y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito:—«Esterminado será el creyente que no esterminare á los infieles.»

III.

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrían las flores, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfu-me de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ven-tana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entonces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pa-sear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasion, en forma de hermosísima mariposa, le salió al paso y encantó su corazón y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la mariposa penetró por ellos dejando allí inmóvil y enamorada á la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda trísti-simos lamentos, y entonces recordó que allí ge-mían, hambrientos y cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Casilda llora-ban padres, hermanos, esposas amadas.

Y la caridad y la compasion fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro, tornóse hacia las mazmorras siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

El oro era para seducir á los carceleros, y las viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su ves-tido cuando al volver una calle de rosales tro-pezó con su padre, que también había salido á distraer allí sus melancolías

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos? preguntó el moro á su hija.

La princesa se puso colorada como las rosas que mecía á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

—He venido á contemplar estas flores, á oír trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes y á respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu ves-tido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazón á la madre inmortal de los nazarenos, y respondió entonces á su padre:

—Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando la de sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV.

¡Pálida estaba la niña, pálida como las azuce-nas de los jardines del rey moro, su padre!

Cuenta la historia que apenas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los días coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blan-cas perlas que brillaba entre los labios de la prin-cesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moría de pena viendo morir á su hija.

La ciencia de los medicos de Toledo no acer-taba á devolver la salud á la princesa, y entonces Almenon llamó á su córte á los mas afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente había sido la ciencia de los primeros, impotente era también la ciencia de los segundos.

—¡Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija! exclamaba el pobre moro, viendo á Ca-silda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus te-soros, que la sangre continuaba colorando, arro-jada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—«¡Mi hija se muere! escribió el rey de To-ledo al rey de Castilla. Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi córte, que yo le daré... mi reino, mis tesoros, y hasta le dare mi hija.»

V.

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecía al que devolviera la salud á su hija, su reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salva-cion anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las pa-labras de aquel hombre, y tal la fé que inspiraba la bondad que resplandecía en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas asegu-rando á Almenon que le enviaba con ellas el sal-vador de la princesa Casilda.

Apenas el médico venido de Judea tocó la fren-te de la niña, la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejil-las de la enferma.

—¡Tomad mi reino! exclamó Almenon loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo, respondió el médico venido de Judea.

—¡Tomad mi mayor tesoro! repuso el rey de Toledo, designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptacion el médico, extendió la mano hácia Casilda, y dijo:

—Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvacion de la vírgen musulmana.

Y al día siguiente la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aun del mé-dico venido de Judea.

VI.

Casilda y el médico venido de Judea camina-ban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, y exclamó derramándolas so-bre la frente de la princesa:

—*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bienestar inefable, pa-recido al que allá en su niñez le había contado la esclava nazarena que sentían los bienaventurados en el paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fija-

—123—

deseos. Cómo va la masonería á devolverle los atractivos que ya no tiene á mis ojos! Qué bonita me ha de parecer ahora... Que salga como pueda del pantano; no quiero hundirme en el para sacarla! Si la amase, no digo que no lo tomara á pechos; pero quién me obliga á ello?... Y tanto menos cuanto que mi abnegacion ofre-ciera una excusa legítima á su amor y entonces pudiera obstinarse en perseguirme por reconoci-miento... Ah! la situación tiene chiste! Voy á perderme y por único galardón pido su ingrati-tud; deseo que no agradezca mis sacrificios y ha-ber para librarme de su pasión mas de lo que ha-ria por obtenerla.

Cuando juzgaron que su valor había tenido tiempo de reponerse, entró el hermano terrible.

—Venid, dijo, á terminar las ceremonias de nuestra iniciacion.

El estudiante le siguió sin responderle, y luego fué colocado delante de un brasero.

—He recibido ya, dijo, el bautismo de vuestro fuego. ¡Le reproducís acaso porque tiene poca virtud!

—122—

Pasó la mano Narciso por los cabellos de su amigo, por los párpados tibios aun, y mal cerra-dos, y por su cuello bañado en sangre.

—Tenía tu amigo alguna señal en el rostro?

—Una peca en el labio inferior, balbuceó el estudiante, mientras la encontraba estremecido.

A continuacion fué conducido al cuarto ne-gro.

XVI.

Esta escena había conmovido á Narciso, el cual buscó á tientas un sitio donde descansar y quedó enteramente pensativo.

Y no es que temiese por sí mismo; veinte ve-ces hubiera arriesgado su vida por el solo amor á la novedad. Pero se acordaba de Susana para la cual presentia graves peligros y contra cuya im-prudencia y simplicidad comenzó á echar pes-tes.

—¡Qué necia es la mujer! pensó. Supónesela llena de malicia y astucia, y se la coge en la me-nos hábil de las mentiras, cuando se halagan sus

—119—

otros y os granjeará toda nuestra confianza. Con-ducidle ante el culpable!

Hízosele dar algunos pasos y luego se le alzó á medias el vendaje.

Descubrió entonces en torno suyo como una veintena de individuos de rostro sombrío con una espada en la mano. Mas apenas los contem-pló, sus miradas fueron á posarse en la víctima, medio desnuda, atada á un poste y con la cabeza inclinada en ademan suplicante. Ofreciósele un puñal que brillaba al débil resplandor de la lám-para y se le dijo:

—Herid! los traidores son indignos de conmi-seracion.

Narciso miró uno por uno á los que le rodea-ban. Todos los semblantes respiraban un furor sosegado y frio. El estudiante se estremeció y, recordando las palabras de Susana retrocedió hor-rorizado.

—No! murmuró. En un combate hay que de-fender la vida; pero que yo asesine aquí friamen-

ron en la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hosannas*, que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres? exclamó la princesa atónita y deslumbrada.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jairo, que padecía el mal que tu padeciste, soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.»

En la orilla del lago azul que hoy llaman de *San Vicente*, y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro, de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

ANTONIO DE TRUEBA.

LA VERDAD

Santander 8 de Julio de 1886.

Pisto político

Boca abajo todo el mundo.

Habla *El Liberal*:

«Salmeron ha hablado en la discusion del mensaje.

¿Qué debe decirse para determinar bien la característica de su oratoria? ¿Que ha sido profundo? ¿Que ha sido elocuente? ¿Que se ha hecho oír de nuevo en el parlamento español un gran pensador, honra y gloria de nuestro país? Todo eso sería vulgar.»

Y así por este estilo se echa á buscar el diario zorrillista el calificativo más adecuado á la *soberana* elocuencia, que dijo *El Progreso*, del Sr. Salmeron, y encuentra, por último, que ningun otro le cuadra mejor que el de *varonil*.

Trasladamos á *El Estandarte*, *El Globo*, *La Iberia* y *La República* para que defiendan á sus comadres de la terrible indirecta de *El Liberal*.

Dijo un periódico:

«Ya no es solo en España donde se han efectuado secuestros: el Obispo de Ajaccio (Francia) monseñor Joata, que se hallaba haciendo la visita pastoral á su diócesis, ha sido secuestrado por unos bandidos, que exigen una elevada suma para su rescate.»

Y contesta *El Resumen*:

«La analogía hasta ahora es más completa. En Francia y en España se efectúan secuestros.

Y en España y en Francia los Bizcos del Borge no parecen.»

Y dice *La Union*:

«No parecen donde debieran. Pero no han faltado periódicos que los han visto en Madrid.

Y quizás si *El Resumen* hubiese tenido ojos los hubiera visto también.»

Observacion de LA VERDAD:

Nosotros creemos que los Bizcos del Borge han estado siempre en Madrid.

Más aún; creemos que están en Madrid, y que en Madrid y desde Madrid realizan todas sus hazañas.

Si *La Union* y *El Resumen* tuvieran ojos, los verían.

Final del «Balance» de *El Correo* de anoche:

«El Sr. Montero Rios, que sale mañana para Panticosa, donde permanecerá doce ó catorce dias, lleva para estudiarlos y ponerlos á su regreso en marcha, 14 proyectos, entre los cuales recordamos el de reforma del Consejo de Instrucción pública, reforma de la Escuela de Artes y Oficios, creacion de Escuelas de Comercio, reforma de la Facultad de Medicina, idem de Farmacia y reglamento de la Escuela de Veterinaria. Ninguna otra cosa de particular.»

Catorce baños y catorce proyectos.

¡Qué casualidad!

A baño y proyecto por dia.

Sospechamos que en cuanto el señor Montero Rios abandone á Panticosa, empezarán á tener necesidad de aquellas aguas las tres cuartas partes de los españoles.

¿Qué organismo humano, por robusto que sea, resiste sin menoscabo de la salud esos catorce trabucazos que á boca de jarro se propone disparar sobre España el ministro de Fomento?

Y para que la metáfora resulte una realidad funesta, entre los proyectos de Montero Rios figura la reforma de la Facultad de Medicina, idem de Farmacia y reglamento de la Escuela de Veterinaria.

Esto último lo siento por los fusionistas.

Particularmente porque no va á quedar con vida ó con salud ni becerro ni vaca ni carnero.

¿Y qué van á comer los pobrecitos?

Ultima hora de *La Union*:

«El entusiasmo monárquico en favor del conde de París, sucesor del ilustre y caballero Enrique IV, conde de Chambord, continúa haciendo grandes progresos.»

No estás tu mal Enrique IV, tontona.

El conde de París ante el cual te entusiasmas casi con igual vehemencia que ante un plato de callos y caracoles, es el sucesor, es un decir, de Enrique V, pero no de Enrique IV; ¿lo oyes bien?

Y vamos adelante:

«El órgano integrista de España, para no desmentir su apego al «pesimismo», combate una solución, la más racional, la más práctica y la más universalmente aceptada entre los católicos y monárquicos franceses, (basta que tu lodigas) para librar á Francia, gloriosa patria de Carlo Magno, de San Luis y de Juana de Arco, de las garras jacobinas de la república impía y demagógica, que le esta desangrando y empobreciendo, y llenándola de eterno baldón, con medidas opresivas de persecucion religiosa y de ataques constantes á la libertad y el derecho.»

Nada; casi casi lo mismo que hizo el gobierno de Cánovas auxiliado por Pidal.

El cual gobierno expulsó ilustres sacerdotes, puso agentes de orden público al pié de los pulpitos, toleró á Morayta, y *Las Dominicales*, y *El Motin*, y otros diarios de

igual pelaje, y tuvo algun ministro que llamó bárbaros y acoecedores á respetabilísimos sacerdotes, y viejo chocho á uno de los más venerables Prelados del mundo católico.

Procure ser en todo lo posible, el que ha de reprender irrepreensible.

Tercera salida de pié de banco.

«No se podía esperar otra cosa de los febronianos, empuñados siempre en preferir las hecatombes de la revolucion á todo lo que no sea sus integristas cesaristas. Conste, sin embargo, que el *Univers*, que no debía ser sospechoso para los integristas españoles, defiende la candidatura del ilustre conde de París y hace constar que en un gran número de ciudades de Francia, entre ellas el Havre, Bayona, Agen, Cahors y Périgueux los realistas hacen circular proclamas, en que manifiestan sus sentimientos de adhesion y respeto hácia dicho personaje.

Las damas de Marsella han dirigido un mensaje á la condesa de París. También los obreros de la misma poblacion han dirigido otro al conde de París.»

Música, música, música.

Todavía recordamos que cuando el difunto D. Alfonso hizo su viaje á las Provincias del Norte, los periódicos liberales aseguraron en todos los tonos que aquello había sido llegar y besar el santo.

Es decir, que en cuanto los carlistas le vieron y él vió á los carlistas, todos estos se hicieron alfonsinos de golpe y porrazo, no quedando un solo carlista para remedio en todas y cada una de las provincias vasconavaras.

Lo cual no obsta para que ahora aseguren los diarios liberales que aquello es un hormiguero de conspiradores carlistas.

Cuanto al homenaje rendido por las damas de Marsella á la condesa de París, podemos decir también que aquí hemos visto á doña Isabel, á doña Mercedes y á doña María Cristina agasajadas por señoras que no tenían con ellas mas de comun que el sexo.

Conque déjese *La Union* de decir tontorías, que ya estamos al cabo de esas ovaciones y de cómo se fabrican esos entusiasmos.

Nuestro colega *El Gorbea*, de Vitoria, publica lo siguiente en su último número:

«A NUESTROS SUSCRITORES.

Nos vemos en la precision de manifestar que, por razones que algun dia llegarán á ser conocidas del público, como hoy lo son de muchos de nuestros amigos, suspendemos por ahora la publicacion de *El Gorbea*.

Esta suspension no ha de durar mucho tiempo, pues pensamos publicar otro periódico que realice á la letra con calor y energia y sin vacilaciones, que solo conducen á enfriar el entusiasmo de los defensores de la tradicion, todo lo que prometimos en nuestra circular de Diciembre del año próximo pasado con motivo de hacerse *El Gorbea* publicacion diaria.»

Desearíamos no dure mucho tiempo el silencio del nuevo compañero que compartará las luchas que sosteneinos por la causa de Dios, la Patria y el Rey, que es la única que hoy puede

salvar á nuestra desventurada España de las miserables manos del maldito liberalismo; así como las glorias que por ellas puedan cabernos.»

Variedades.

Con mucho gusto publicamos la siguiente poesía de un jóven que apenas entrado en los catorce años de edad, revela ya poseer el sentimiento y la inspiracion de un poeta cristiano.

LAMENTOS DEL PECADOR.

¡Perdon! ¡oh Creador del firmamento!
¡Piedad y compasion!
No ves que de mis culpas me arrepiento
Implorando perdon?
Pequé, Señor; pequé; tú me miraste
Desde tu Santa Cruz
Y apiadado de mí ya me enviaste
Un rayo de tu luz.
No comprendía yo que el horroroso
Pecado, estaba en mí;
Pero ¡ay! que ví tu rayo esplendoroso
¡Y ya lo comprendí!
Y por eso, contrito y humillado
Mi pobre corazon
Ante tu Majestad, clama postrado
¡Perdon, Señor, Perdon!

RAMON SOLANO POLANCO.

Santander, Julio de 1886.

Noticias

Tomándolo de otro periódico, publicado el domingo último la siguiente noticia:

«Se está investigando en Filadelfia, por decision del Arzobispo Ryan, la vida y obras del predecesor en aquella diócesis el Obispo Newman de quien se dice que poseia todas las virtudes de un santo y que en su tumba, situada en aquella ciudad, se han verificado curas milagrosas. La investigacion se verifica por deseo de los PP. Mendicantes. Si llega á ser canonizado este será el segundo de América. El primero fue Santa Rosa, cuyo centenario acaba de celebrarse en Lima.»

Un amigo nuestro nos ha proporcionado noticia de esta noticia los siguientes datos:

«Si el mencionado obispo fuese canonizado sería, por lo menos el tercer santo de América no el segundo como se asegura en el suelto, ya hay San Felipe de Jesus, patron de Méjico, quien en su niñez era muy travieso, y una clava negra de su casa le decía siempre que á la madre de aquel la exclamacion de «¡Dios haga un santo!» «Sí, será un santo cuando brote la hoja la higuera del patio,» la cual estaba seca ya muchos años.

Pero un dia vió la esclava, con gran sorpresa que la higuera tenia hojas y fruto y empezó gritar á grandes voces, á las que acudieron los de la casa: «¡Filipio santo!» «¡Filipio santo!» que queria decir: «¡Felipillo santo!» Y efectivamente; ya habia muerto, ausente de la casa paterna, en olor de santidad, y alcanzado pues ser canonizado.

Y por fin, tenemos noticia de la Beata Ana de Jesus de Paredes y Flores, llamada la cena de Quito.»

Ayuntamiento.

Sesion celebrada en el dia de ayer.

Se declaró soldado al mozo Diego Quiroga Bellido.

Se aprobó el acta de la sesion anterior. Excusó su asistencia el Sr. Herrero Ariza.

te á un hombre encadenado cuya sangre caeria sobre mi cabeza... eso jamás!

—Este niño, respondió el venerable, tiembla á la vista del hierro. Ved si prefiere manejar la pistola.

—Sabes cargarla? preguntó el hermano terrible presentándole un revólver.

—No, dio el estudiante.

Habrà que instruirle añadió el venerable. No se presenta uno en nuestras lógias sin estar familiarizado con las armas.

Cargóse la pistola en su presencia con doble bala y le fué entregada.

—No puede matar á mi amigo! dijo Narciso.

—La masonería, replicó el presidente, eleva al hombre por encima de todas las preocupaciones de amistad y de familia. El mason perfecto no tiene mas familia que el taller, ni otros parientes que los masones sus hermanos.

—Pero ni soy verdugo, ni puedo ni quiero comenzar por un asesinato el aprendizaje de vuestra fraternidad.

—Lejos estás aun de la perfeccion que exigimos.

Presentado por un traidor, debíamos esperar no poseerías nuestras virtudes... Vamos á ejecutar en tu presencia el decreto que tenemos pronunciado. La vista de este suplicio te enseñará de qué modo castigamos la traicion... Quitad al culpable la mordaza que le impide hablar.

—Sois unos cobardes, exclamó en seguida la voz de Prigaud. Pero temblad! Por que no muero ignorado. Mi familia sabrá vuestro crimen y le vengará.

—Fuego! interrumpió el venerable, golpeando el mismo la mesa con su mano.

Una doble detonacion y un doble grito resonaron á la par, luego, todo quedó en silencio. El amigo de Narciso, atravesado por dos balas, habia espirado.

—Has pedido la cabeza de tu amigo, prosiguió el venerable; van á servírtela.

Volvióse á desvendar á Narciso y se le condujo á la estremidad de una sala delante de una mesa, sobre la cual oyó que se colocaba un plato.

—Toca, le dijeron, la cabeza del traidor.

A derecha é izquierda de Narciso aparecieron varios hombres inmóviles y silenciosos, mirando que otros iban y venian delante de él, armados con alicates de hierro que hacian sonar. De repente oyó el silbido hueco que produce el hierro rojecido aplicado á la carne viva, tras de lo cual sintió su olfato un olor infecto. Siguiéronse inmediatamente desgarradores lamentos y un instante se revolvió en el suelo junto al estudiante gritando:

—¡Hay necesidad de ser bárbaro...! ¡Tened piedad! ¡Hay necesidad de ser bárbaro...! ¡Tened piedad! ¡Hay necesidad de ser bárbaro...! ¡Tened piedad!

—¡Qué se le ha hecho sufrir? preguntó el ciso.

—Nada. Hay gentes que quieren llegar á ser masones y no tienen más valor que un niño.

—Pero, veamos; ¿por qué se queja tan alto?

—Es que se le ha marcado con el sello del orden.

—¿Cómo?

—Pues se comprometen, justo es que lleven signo... Todos le tenemos grabado en el pecho.

